

## ARGOTE DE MOLINA

Usan en algunas partes de Alemania y Francia algunos monteros ir a montería que llaman del buey, la cual se hace llevando hecho de lienzo armado sobre aros ligeros, una forma de buey pintado con su cabeza y cuernos, y dentro de él se mete el montero con los aparejos de la caza, y caminando, divisa por ventanillas que él tiene la caza que hay en el monte, y dejándole plantado sobre palillos que trae, sale por un lado por donde no sea visto de la caza y tira a la que ha descubierto (p. 440).

Vsan en algunas partes de Alemania y Francia algunos Monteros yr a Monteria, que llaman del Buey, la qual se haze lleuando hecho de lienço armado sobre aros ligeros, vna forma de Buey pintado con su cabeza, y cuernos y dentro del se mete el Montero con los aparejos de la caça, y caminando deuisa por ventanillas, que el tiene la caça, que ay en el Monte, y dexandole plantado, sobre palillos que trae sale por vn lado, por donde no sea visto de la caça, y tira ala que a descubierto (Cap. XXXIII; fol. 120).

Es una lástima que las referencias al llamado *Moamin* que hace Terrón Albarrán, sean a la edición francesa, pues en España poseemos dos manuscritos que contienen dicho libro, los mss. V-II-19 de El Escorial y el Res. 270 de la B. N. de Madrid, pero no es de extrañar ya que es una obra aún inédita.

El único fallo que me ha llamado la atención lo encuentro en la «Nota humanística» 212, en la que dice: «habla Pedraza de esta caza en verano. cuando el texto griego escribe ἦρος que significa primavera» (p. 515). Pedraza no equivoca la estación meteorológica pues «hasta el Siglo de Oro se distinguió entre *verano*, que entonces designaba el fin de la primavera, y principio del verano, *estío*, aplicado al resto de esta estación, y *primavera*, que significaba solamente el comienzo de la estación conocida ahora con ese nombre» (DCECH, V, p. 777).

Aunque sea repetirme, la presente edición del *Libro de montería* de Pedro Pedraza Gaitán, realizada por Manuel Terrón Albarrán, es una de las mejores ediciones de obras cinegéticas clásicas que se ha publicado en los últimos años.

J. M. Fradejas Rueda

JUAN DE SAHAGUN: «*Libro de cetrería*» de... «*Glosas*» de don Beltrán de la Cueva, seguido del «*Discurso del falcón esmerejón*» del Conde de Puñonrostro, ed. Antonio Mazanares Palarea (?) (Madrid, Edic. Cairel, 1984) 217 pp. (Alcotán).

En los últimos años han surgido varias editoriales y colecciones que han querido poner al alcance, no de todos por ser ediciones limitadas y numeradas, los viejos libros de caza españoles. Se trataba de libros editados quasilusamente, con gran alarde tipográfico, pero cuyo interés se perdía por cuanto que los textos, los más importantes, no estaban todo lo bien editados que se merecían. Básteme recordar la penúltima edición del *Libro de la montería* (Madrid, Ediciones Velázquez, 1976), que no es más

que una reedición de la centenario de José Gutiérrez de la Vega (Madrid, M. Tello, 1877).

En la misma línea que esas otras colecciones que he mencionado, pero sin sus «lujos», acaba de publicarse un volumen en el que se recogen dos libros de cetrería cuya única conexión entre ellos es, que cuando se editaron por primera vez, en 1885, lo hicieron uno tras otro en el mismo «volumen» de *La Ilustración Venatoria*.

El libro que aquí comento está dividido en tres apartados: «Breve reseña de los libros de cetrería en España» (pp. 5-11), textos: *Libro de cetrería, de Juan de Sahagún* (pp. 13-178); *Discurso del Conde de Puñonrostro* (pp. 181-99), y «Vocabulario de palabras cetreras» (pp. 203-17). La reseña y el vocabulario están firmados por Antonio Manzanares Palarea.

La «Breve reseña...» con que se abre el volumen es un claro ejemplo de lo que no se debe hacer pues está cuajado de errores que, con un poco de cuidado, se podrían haber evitado. Veámoslos detenidamente, aunque esto suponga reescribir, en gran medida, ese trabajo.

Comienza diciéndonos que la primera obra española de cetrería es el *Libro de la caza*, de don Juan Manuel. Supongo que querrá decir conservada pues don Juan Manuel nos dice que su tío, el rey Sabio, compuso un libro de «caça» (=cetrería). Si lo que ha querido decir es que es la más antigua que se conserva, ha errado, ya que antes de don Juan Manuel se escribieron (tradujeron) nada menos que cinco obras que, curiosamente, nos han llegado en un mismo manuscrito, el V-II-19 de la Biblioteca del Monasterio de El Escorial y que son: *Libro de los animales que cazan*, de Muḥammad ibn 'Abd Allāh ibn 'Umar al Bayzār o Moamín, acabada de traducir en 1250, aunque es copia del siglo XIV (hay otro manuscrito anterior comprado hace poco para la Biblioteca Nacional, ms. Res. 270). *Tratado de cetrería*, del halconero Gerardo, publicado por Bertil Maler, con el título de *Tratado de las enfermedades de las aves de caza* (Lund, 1957. Filologiskt Arkiv 4). *Libro de cetrería*, del rey Dancos; *Tratado de cetrería*, del halconero Guillermo, publicado por Gunnar Tilander (*Traducción española de Dancus Rex y Guillelmus Falconarius*, Karlshamn, 1966. Cynegetica XIV), y *Libro de los azores*, aún inédito. Así, pues, la historia de los libros de cetrería españoles comienza unos setenta años antes de lo que dice Manzanares Palarea. Como en todas las obras que cita, da la relación de ediciones pero con un ligero error, la de 1947, a cargo de José María Castro y Calvo, es la 2ª de la que publicó en 1945 y que no es más que una mala copia de la de 1880 hecha por Baist, de la que incluso conserva la paginación.

Como el esquema que sigue es el cronológico, la siguiente obra que reseña es el *Libro de la caza de las aves*, de Pedro López de Ayala y nos dice que el libro fue compuesto «quizás influenciado por Pedro Menino, autor portugués de un libro de cetrería» (p. 6). Quizás no, sin duda, y así lo han demostrado Rodrigues Lapa en su edición del *Livro de falcoria*, de Pedro Menino (Coimbra, Imprensa da Universidade, 1931); Gunnar Tilander ('Acerca del *Libro de falcoria*, de Pedro Menino', RFE, XXIII, 1936, pp. 255-274) y José Fradejas Lebrero, en su edición modernizada (Valencia, Castalia, 1959; Madrid, 1980. Ores Nuevos IX), en la que lo que procede de Pedro Menino está impreso en cursivas.

Tras la relación de las ediciones y un ligero repaso a Pedro Menino, no sé por qué ya que no es español, dedica cuatro breves párrafos a Juan de Sahagún, que no comienzan muy bien, ya que en las primeras líneas dice: «Juan de Sant Fagún (apellido que luego desvirtuaría en Sahagún)»

(p. 6). Que yo sepa, una tendencia normal de evolución del español no es desvirtuar. Prosigue dando cuenta de la fuente crítica que recibió de Francisco R. de Uhagón a raíz de la publicación del libro en 1885, pero no dice dónde expresó Uhagón sus ideas. Manzanares Palarea hace una débil defensa que se basa, según él, en la del profesor Fradejas Lebrero y tampoco dice dónde la ha encontrado.

Dedica dos líneas a los manuscritos conservados, ambos en la B. N. de Madrid (mss. 2970 y 3350), pero sólo da la signatura del último ya que es «el más legible y claro», que es en el que está basado el texto de la edición de 1885 y la presente, mas no son todos los que existen ya que según *Bibliography of Old Spanish Texts. (Literary Texts. — Edition 2)* (Madison, The Hispanic Seminary of Medieval Studies Ltd., 1977) hay otro manuscrito, del siglo xv en la Biblioteca de la Universidad de Yale (New Haven, EE.UU.), en el que las Glosas del Duque de Alburquerque son marginales. Por último nos dice que se publicó por primera vez en el periódico quincenal *La Ilustración Venatoria*, de Madrid.

A Juan de Sahagún le sigue el *Libro de cetrería*, de Evangelista. El único error que veo está en la fecha de la primera edición. Manzanares dice que «fue publicada en *Sales españolas o agudezas del ingenio nacional*, por A. Paz y Meliá (Madrid 1890)» (p. 7). Si bien es cierto que la primera edición publicada en España es de esta fecha, no así la «editio princeps», que hizo el mismo Paz y Meliá pero trece años antes, en el primer número de la revista *Zeitschrift für romanische Philologie* (1877, pp. 222-46).

El *Breve trasunto de los originales libros que los Sres. Reies de Aragón tenían para el conocimiento de las aves de caza*, es la siguiente obra de que se ocupa nuestro reseñista, y, como le ha sucedido a muchos bibliógrafos, habla de esta obra de «oidas». Nos dice que «en el año 1465 Matías Mercader [...] Durante muchos años se creyó que el autor de esa obra fue un tal Guarines. La causa de este error fue debida a la utilización de un manuscrito del siglo xvii que aprovechó la obra de Mercader» (p. 7).

Efectivamente, en 1465 Matías Mercader compuso un libro de cetrería, pero el único texto que nos ha llegado, ms. Res. 179 de la B. N. de Madrid, está en italiano, y según varios bibliógrafos existieron otros cuatro, todos ellos en italiano también. Al que se refiere Manzanares Palarea, ms. 1227 de la B. N. de Madrid, no es de Mercader sino de un desconocido cetrero, llamado Guarines, así lo ha demostrado el profesor Fradejas Lebrero al publicar este texto ('Ayala, Mercader y el desconocido cetrero Guarines', en *Homenaje a don Agustín Millares Carlo*, Las Palmas de Gran Canaria, Caja Insular de Ahorros de Gran Canaria, 1975, t. II, pp. 525-46). Obra de la que el profesor Fradejas nos dice: «es verdad que tras no haber hecho nada [Guarines] de verdadero interés tuvo la virtud de reunir, por lo menos, tres de los más excelentes tratadistas medievales [López de Ayala, Federico II y San Alberto Magno] para llevar a efecto su obra» (p. 532). Así, pues, un tratado es el de Matías Mercader, en italiano, y otro muy distinto el de Guarines.

La siguiente obra que incluye es una obra extranjera, aunque de autor al parecer español, Belisario Acquaviva de Aragón, titulada *De venatione et aucupio* (Florencia, 1500) y cuya única versión española es una traducción hecha en la edición facsimilar de 1971.

En el transcurso del tiempo aparece el *Discurso del falcón esmerejón* del Conde de Puñonrostro, y si poco espacio dedicó a Juan de Sahagún, uno de los textos que publica, muchos menos emplea en esta obra, de la que únicamente nos dice que su autor la dedicó al Duque de Frias, que

se conserva un manuscrito en la Biblioteca de Palacio (Madrid) y que fue publicada en *La Ilustración Venatoria*, «inmediatamente después de Juan de Sant Fagún, al igual que se hace en esta edición que nos ocupa» (p. 8), aunque no tan inmediatamente, pues entre la última entrega de Sahagún y la primera de ésta pasaron diez semanas.

Tras la ligera referencia a la obra de Francisco Carcano, pasa a Juan de Vallés y su *Libro de acetrería y montería*, de la que da los títulos de cada uno de los seis libros o tratados de que consta y nos dice que se conserva un manuscrito en la B. N. de Madrid (ms. 3127), cosa que no es exacta ya que son cuatro (mss. 3127, 3335, 3379 y 3382), a los que hay que añadir un quinto en la Biblioteca Nacional de Viena (ms. 6361). De todos los que se guardan en Madrid se reproduce la primera hoja en la edición que hizo Bibliófilos Sevillanos en 1947, edición que sólo contiene los dos primeros libros, los de «Acetrería».

Cronológicamente le sigue Fadrique de Zúñiga y Sotomayor, y el comentario que hace de él está en la misma línea del de Vallés, pero lo amplía con unos ligeros apuntes sobre la vida del autor.

Otro de los grandes fallos de información de Manzanares Palarea está en considerar las anotaciones que Alvar Gómez de Castro nos ha legado entre sus papeles como un libro de cetrería. Estos no son más que copia de algunos fragmentos de varios libros, como del de Evangelista.

Concluye el siglo xvi con el *Libro de cetrería*, de Luis Zapata, que ha sido recientemente editado por Manuel, no Miguel, Terrón Albarrán. Edición de la que sólo nos dice que «es un alarde de las técnicas tipográficas por su belleza y presentación» (p. 10).

El siglo xvii le da poco material debido al cambio de los gustos cinegéticos y se traslada a Portugal para mencionar la obra de Diogo Fernandes Ferreira. Al que sigue la cita de un «*Libro de cetrería* de autor desconocido, atribuido a "El Tostado"» (p. 10) para en el párrafo siguiente hacer la más catastrófica referencia bibliográfica de toda la «Breve reseña...». Veámosla con detenimiento:

«En 1634, Bibliófilos Españoles, en Madrid, hace una reproducción de *Origen y Dignidad de la Caza*, de Juan Mateos» (p. 10).

Hay varios errores. Primero, esta obra no es de cetrería, sino de caza mayor, pero esto es lo de menos. Y segundo, creo que lo que quería decir es que en 1634 se publica este libro de Mateos y que en 1928 la Sociedad de Bibliófilos Españoles, colección que nació en 1866, encargó a Amalio Huarte y Echenique que hiciese una edición moderna de la obra por ser un libro raro, que es la primera de una serie de ediciones hechas en este siglo (Madrid, [Banco Ibérico], 1966; Badajoz, Institución «Pedro de Valencia», 1978, facsimilar, y Madrid, Velázquez, 1982).

Hay un olvido que no me explico, y es la obra de Alonso Martínez de Espinar, *Arte de ballestería y montería* (Madrid, 1644), pues como hemos visto hay varios libros que están incluidos «por los pelos» —Pero Menino, Fernandes Ferreira, Mateos— y es que la obra de Martínez de Espinar dedica los quince primeros capítulos del libro tercero a las aves de cetrería.

Del siglo xvii salta al xx y en él sólo cita dos obras, el discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales del duque de Medinaceli, y el *Arte de cetrería*, de Félix Rodríguez de la Fuente, cuya prosa didáctica, dice Manzanares Palarea, difícilmente podrá ser superada.

Si las seis primeras páginas no han merecido casi ningún elogio, menos aún puedo dedicar a la edición de los textos. Ambos no son más que una reproducción de los publicados por José Gutiérrez de la Vega en *La Ilustración Venatoria* (año VII, 1885, nn. 2-16 y nn. 21-22).

El último apartado de este volumen es un «Vocabulario de Palabras Cetreras» (pp. 203-17) de interés relativo ya que se mezclan varios vocabularios que, en gran medida, son el que presenta la edición modernizada de la obra de López de Ayala y el *Arte de cetrería*, de Rodríguez de la Fuente. Como ayuda para la lectura de los textos es nula ya que, salvo honrosas excepciones, no recoge ninguna de las palabras «difíciles» que presentan.

De unos textos de los que podría haber hecho una magnífica edición, tan sólo con que se hubiese cuidado de comprobar los datos bibliográficos que Manzanares Palarea posee, y se hubiera molestado en corregir el texto con los manuscritos, ha salido una edición de muy poco interés, pues hacerla como es debido, hubiera requerido describir los manuscritos existentes, tanto de Sahagún como del conde de Puñonrostro; dar, aunque fuesen breves, unas notas biográficas de ambos autores. Y ya fijándome en el *Libro de cetrería* de Sahagún, haber dedicado unas páginas al estudio de las fuentes, cosa que en parte hizo en el siglo pasado Francisco R. de Uhagón (*Los libros de cetrería del canciller Pedro López de Ayala, de Juan de Sant-Fahagun y de don Fadrique de Zúñiga y Sotomayor*. Madrid, Ricardo Fe, 1889, 29 pp.). A pesar de ello encierra una virtud, ha puesto al alcance de la mano dos obras de cetrería que de otro modo sólo serían unas citas en algún que otro libro más raro aún.

Es de esperar que en futuros volúmenes de esta colección los editores se preocupen algo más por ofrecer textos dignos y bien cuidados.

J. M. Fradejas Rueda

JULIO LOPEZ: *Unamuno* (Madrid, Ediciones Júcar; Colección Los Poetas, n. 58, 1985) 241 pp.

De todos es conocido la poca fortuna de la que Unamuno gozó como lírico, a pesar de la consideración de algunos avisados críticos y poetas (Valera, Juan Ramón Jiménez, Rubén Darío, Díez-Canedo, ...). La influencia del Unamuno poeta, empero, se dejó sentir a partir de 1936 (como demuestran las ediciones de Esclasáns, Cossío, Onís, García Blanco, Marías, ... o la que hoy presentamos de Julio López), siendo junto a Antonio Machado de los autores de más peso en el renacer lírico postbélico.

En el amplio prólogo (98 pp.), que precede a la antología, Julio López estudia diversos aspectos del escritor vasco: «La España de la Restauración», «Forja ideológica de un agonista», «Perfil literario de Unamuno», «Unamuno y el modernismo», «Personalidad lírica» y «Unamuno poeta, y la posteridad». En los tres primeros apartados el crítico nos ofrece un retrato histórico, ideológico y literario de Unamuno, relacionando su trabajo poético con el resto de su producción. En el siguiente punto reafirma la idea, cada vez más extendida, según la cual Unamuno, a pesar de su patente antimodernismo, halló su propia expresión poética en el venero modernista. La etiqueta «Personalidad lírica» encierra el análisis de los poemarios unamunianos, junto a una valoración global de su lírica a la que se enraíza con la tradición